

He venido a encontrar a mi amigo el historiador, autor de una hermosa tesis sobre la nacionalidad española de Cristóbal Colón, a quien atribuye también la creación de refugios políticos, éste vez no le hablo mi amigo ni me habla de nosotros, con embustes y calumnias, sino una cartera algo abultada, con papeles.

—Ya no me dedico al pequeño comercio que usted sabe —me dijo—. Ahora hago seguros.

—¡Delicioso paratejo! —exclamé.

—Sí, señor... Un refugio, símbolo de la inseguridad, dando seguridad a los otros... Así es la vida...

—Hay que vivir —comenté, con igual acerto filosófico—. Además, como en lo inseguro de los demás se basa lo seguro nuestro...

—Siempre —me dije— que no sea abusivamente a lo vago y abstracto... Yo no he hablado de "lo" seguro, sino de "el" seguro... El seguro ajeno es, para mí, la seguridad propia, el comercio asegurado, como quien dice. El seguro tiene forma concreta y tangible: es una póliza, una forma, una constitución... Usted, por ejemplo, suscribe un título...

—Perfectamente —dije, y añadí para desviar aquella conversación que alquilara poligrafo curio— ¿Y qué me dice del Almirante? ¿Sigue trabajando usted en su tesis sobre Colón español?

—No, señor; ahora me ocupo de otro almirante... Lo de Colón es pura historia, y yo voy dejando de ser simple historiador para convertirme en profesor... De nada me serviría conocer los hechos pasados si no comenzamiento no me permitieran pensar y augurar los hechos futuros.

—Abandona usted a Colón para atorar a Pita... ¡Oh infidelidad!

—No soy infiel, sino consecuentemente... El hoy es consecuencia del ayer, y el mañana será consecuencia del hoy... La tradición inspira el cálculo. El acierto de la profecía es la experiencia, esto es, el conocimiento del pasado.

—Hasta cierto punto —argüí—. Don Santiago Bualid dijo que, en la historia, la expectativa sirve para saber el número que ha salido, pero no el que va a salir.

—Esa es la teoría de un historiador católico, pero no puede ser la de un historiador católico cuya creación profética y alfabética le ha convertido en agente de seguros.

—Cree que está usted en lo cierto —me apresuré a aprobar, al ver que mi amigo hablaba otra vez de seguros—. ¿Y de qué almirante se ocupa usted ahora, después de abandonar a Colón?

—De un almirante desconocido —contesté—. Del almirante indetereminado que acabará

con Francia y nos permitirá volver a España para restablecer la República. En realidad, mis opiniones espantadizas no se refieren al almirante en sí, sino más exactamente al "momento del almirante".

—¿Qué quiere usted —pregunté intrigado.

—Con mucho gusto... Como usted sabe, la historia nos muestra que los generales, los guerreros, los caudillos, los hombres del orden y mundo son los que establecen las dictaduras... No necesito citarle ejemplos... Pero como olvide usted que también nos enseña la historia que los almirantes son los que acaban con las dictaduras. ¿No recuerda usted el almirante Anzor?

—Pues crea que tiene usted razón...

—Lo tengo porque mi razonamiento es puramente científico y tiene fundadas sus raíces profundas en la historia... Darán luz el almirante que dió el primer golpe a Pitaín, como Decario ha sido el almirante que ha dado el último golpe a Hitler. Y en España, el almirante Anzor se lo dió a Primo de Rivera. Eso quiere decir que el fin de las dictaduras se produce cuando llega lo que yo llamo "el momento del almirante". Los generales hacen las dictaduras y los almirantes las destruyen.

—El naufragio de las dictaduras corresponde entonces, según usted, a un almirante.

—Exacto, según yo, y según la historia... Eso quiere decir que el régimen franquista seguirá dando los tumbos que ya ha empezado a dar y que acabará cuando lleguemos al "momento del almirante".

—¿Y crea usted que llegaremos? —pregunté expectante.

—Inevitablemente, fatalmente... —me respondí—. Las dictaduras son hacia el almirante, como los almirantes son hacia el naufragio. Es más que una casualidad, una consecuencia, más que una deducción histórica, una ley natural. A la luz del pasado, puede establecerse la siguiente regla general: una dictadura es un régimen que termina en un almirante. Comprenderíamos que en estas condiciones, no tiene ningún mérito ser profeta... Anzor, Darío, Decario... ¿Dónde está el almirante de Franco?... Ese es todo el problema.

—Reconozco la solidez de su tesis y la lógica de su razonamiento —fue que contesté, contentado.

—No lo dude usted... Cuantos pretenden acabar con Franco se olvidan de ese detalle fundamental del "momento del almirante", que es un momento que se produce fatalmente en el proceso de descomposición de la dictadura franquista, cuando ya desde dentro y desde fuera. Antes al principio otro general sustituya a Franco para intentar salvar el régimen. Pero las dictaduras son como las medias: cuando se escapan un punto... Total, que tratando de salvar lo que pueda salvarse, el poder fran-

quista por un dictador próximo, a veces de un almirante... Ese será el momento, el "momento del almirante". Y se equivocan quienes esperan que los hechos se produzcan en otra forma. El imperioso don Miguel Maura quería armar a Franco del poder por la persuasión... ¡Vana tarea! Ni los dictadores ni los otros sus fieles de comenzar por los medios adecuados del raciocinio y la dialéctica. El republicano don Alfaro ha perdido el tiempo, como lo pierde el proletariado franquista don Juan publicando manifiestos en Louisiana. El fin de Franco ha de seguir un proceso rigurosamente histórico, que llegará a su último término cuando aparezca el almirante... Un almirante, uno, el que sea... Almirante con sus ojos, que República como tenerla en la mano.

—Podríamos hablarle entusiasmado a don Angel Bita... —me ofreció a insinuar.

—Los almirantes republicanos no sirven para estos casos. Los almirantes republicanos no naufragan. En el caso de Franco ha de ser precisamente un almirante mero, como lo fue Darío de Pitaín y Decario de Hitler... No hay duda de que Franco tiene ahora a su lado al almirante que ha de poner fin a su dictadura... El no lo sabe, ni tampoco el almirante, pero la historia no puede equivocarse... En España llegará, sin que nadie pueda evitarlo, el "momento del almirante", y luego ocurrirá otra vez la República por su propia fuerza.

—¿Lo cree usted seguro?

Nunca hubiera pronunciado tal palabra. Mi amigo el historiador, dedicando ahora al raciocinio político, usó rápidamente un papel de la cartera y empezó a escribirme:

—A propósito de seguros...

Usted suscribe un título de... No le dá tiempo a desarrollar su materia tesis profética sobre el seguro.

—Perdóneme —le dije—, tengo prisa. He de tomar localidades para "El Paquetot Temático". Decididamente me inclino por la marina...

Y dejó a mi amigo el historiador profeta con el papel en una mano y la otra extendida para atraparme en mi caudillo, en utilidad perniciosa a como suelen representar las estatuas al ilustre almirante don Cristóbal Colón. Volví la cabeza y al verlo de tal guisa creí que tomaba forma y realidad, entre el tráfico urbano de una calle mexicana el ambiente... —del almirante".

EL VALAJERO.

68.  
2 Junio  
4.5

A.P.C.E  
SIG.:  
d.2e/1105